

CAPITULO XXXVII.

INSTINTOS DE HIENA.

La excelente hospitalidad que hallaron los deportados en Ibiza sirvió en gran parte para mitigar sus penas.

Los de distincion fueron admitidos y presentados en las principales casas, donde, en union con las señoritas y jóvenes del pueblo daban excelentes conciertos y *soirées*, como dice el diccionario de los elegantes.

Tambien los honrados artesanos y marineros recibian agradablemente en sus hogares á los demás confinados; por manera que puede decirse que todos eran compatriotas, convecinos y amigos.

¡May ay! el gobierno de la dictadura, tan pronto como tuvo noticia de semejante confraternidad, se propuso turbarla en parte; pero antes de esplicar cómo, vamos á referir un hecho, que demuestra la ferocidad de otras autoridades subalternas, dignas por sus instintos salvajes de servir al aborrecido ministerio.

Entre los deportados valencianos que desde el Grao acompaña-

ron á los de Madrid, habia un joven de unos veintiocho años lo mas, de oficio carpintero, cuyo estado valetudinario y semblante cadavérico llamaba muy particularmente la atencion general.

Su tierna esposa habia llegado pocos dias después á Ibiza, procedente de Valencia, para asistirle con el esmero que exigia la quebrantada salud del infeliz.

Sin este consuelo hubiera sucumbido á no dudarle.

Padecia una paralización, al parecer completa, de sentidos... hallábase como enagenado, y todo daba indicios de que el infortunado joven era víctima de un gran susto, de una terrible emocion.

Así era la verdad; y por mas que nos repugne el hecho, queremos consignarlo en nuestras páginas para oprobio de los gobernantes de 1848 y sus abominables satélites.

Preso en Valencia, se le condujo cargado de grillos y cadenas á Alicante, en donde se dijo que iba á estallar una revolucion de la que se le suponía cómplice.

Allí se le tomaron varias declaraciones indagatorias, á cuyas preguntas no satisfizo porque nada sabia.

Viendo que ningun resultado daba su prision, se le trasladó á D... á disposicion del gobernador de aquella plaza, con encargo de que carease á aquel preso con otros cinco, que bajo igual pretesto habian sido tambien privados de su libertad.

Nada resultó de estos careos, porque ni aun se conocian entre si los acusados. Entretanto sufrían los seis infelices el mas duro y cruel tratamiento.

Cinco dias permaneció en la cárcel de D... el joven valenciano, al cabo de los cuales, él y sus cinco compañeros de infortunio fueron conducidos ante el gobernador.

—¿Nada quieren ustedes declarar?—les preguntó en tono brusco y amenazante.

—Nada sabemos, señor—contestaron unánimemente.

—¿Que no saben ustedes nada!

—Nada absolutamente.

—Piénsenlo ustedes bien.

Todos repitieron que nada sabían.

—Corriente—dijo temblando de ira aquella infame autoridad.

—Yo les haré declarar mal que les pese.

Y llamando al carcelero, añadió:

—Otro par de grillos á cada uno.

Los desdichados llevaban ya puestos un par.

—Ahora, abajo otra vez con ellos.

Ejecutóse la bárbara orden al pié de la letra; pero todavía era sobradamente benigna en cotejo de lo que aconteció después.

Bajaron con efecto los presos al portal de la cárcel, y vieron con espanto que habia en la entrada seis caballerías menores, y en la calle fuerza armada y un caballo enjaezado.

Subieron á los desgraciados cada uno á su caballería, y el gobernador montó el caballo, y los dirigió entre filas fuera de la poblacion.

Las mujeres lloraban al verlos pasar, y no faltó quien ahogando los sollozos dijera con acento compasivo:

—¡Desgraciados! ¡los van á fusilar!

Juzgue el lector cuál seria la desgarradora situacion de aquellos infelices.

Tres eternas leguas habian caminado sin que nadie les dirigiese la palabra, cuando divisaron una poblacion.

A la derecha del camino estaba el cementerio.

Llegaron á sus tapias...

—¡Alto!—gritó el gefe de aquella fuerza.—Que se apeen los presos.

La orden fué ejecutada en el momento, y el mismo gefe les colocó en fila á alguna distancia unos de otros, dando frente á la tapia, separados de ella como cuatro pasos.

Ya no les quedaba la menor duda de que iban á ser fusilados.

—¡Piedad!... señor... ¡piedad!—esclamaban los desdichados con lágrimas en los ojos.

—No hay piedad—respondia el tirano.

—¡Que somos inocentes!...

—Aun estais á tiempo de evitar vuestra muerte. Declarad lo que sabeis, ó vais á ser fusilados en seis minutos.

—¡Señor!...

—Vendadles los ojos.

—Que no sabemos nada.

—Vendadles los ojos, repito.

¡Y les vendaron los ojos!

—A ver usted—esclamó el verdugo—¿declara quiénes son los gefes de la conspiracion de que usted tambien es cómplice?

Nadie contestó, ni sabia nadie á cuál de los seis desdichados se dirigia la fatal pregunta.

—Por última vez ¿declara usted?

La respuesta era un silencio sepulcral.

Entonces se oye la aterradora voz dirigida á la escolta:

—Preparen.... arm!.... Apunten.... ¿Nada quiere usted declarar?

El mismo silencio.

—¡Fuego!—dijo la voz del comandante de la escolta, y una

horrible descarga siguió al cruel, al homicida mandato.

—¡Dios mio! uno de nuestros desgraciados compañeros ha dejado de existir—pensaron los que aguardaban temblando la misma suerte.

Las mismas preguntas, el mismo silencio por respuesta y otra descarga igual, se oyeron por dos veces más.

—¡Tres mártires han sucumbido!—esclamaban los que aun vivían, si vida podía llamarse aquella horrible agonía, aquel estado de insoportable tortura.

—Ahora usted—dijo el verdugo al jóven valenciano.—Arrodílese usted.

—¡Piedad!—gritó el infeliz cayendo de rodillas.

—No hay piedad.

—Por mi pobre esposa..... que vá á quedar abandonada en el mundo.

—Declare usted los gefes de la conspiracion.

—¡Que no sé nada, señor!

—Pues vá usted á sufrir la misma suerte que sus compañeros.

—¡Por mi tierno hijo!

—¡Hola! casado, con un hijo, y se mete usted á conspirador!

—Soy inocente.

—¿No declara usted?

—No sé nada—respondió temblando convulsivamente el pobre jóven.

Y se oyó otra vez la voz de

—Preparen... arm!... apunten!...

—¡Dios mio! ¡perdon para este infeliz!.... No desampares á mi esposa y á mi hijo!

—Basta—gritó el desalmado gefe—todo es inútil..... no hay

medio de que declaren estos condenados.—Y dirigiéndose á sus subordinados añadió aquel corazon de hiena:—Quitadles las vendas para que vean que no son dignos de la generosidad que uso con ellos. Todos debierais ser fusilados; y sin embargo vivis..... porque soy un babieca que me dejo llevar de mis sentimientos humanitarios.

¡Imposible parece! ¡Aun aquel mónstruo hacia alarde de generosidad y de bellos sentimientos! ¡Oh! digno discípulo del dictador, que después de haber llenado á Madrid de luto y consternacion hacia gala de haber salvado al pais!

Los seis presos vieron que todos estaban vivos, que aquello habia sido una farsa diabólica para que el terror les hiciese declarar... farsa que á dos de ellos les costó la vida á pocos dias, y al jóven deportado una enfermedad que sin duda alguna habia de conducirle muy pronto al sepulcro. Hé aquí por qué al verse todos con vida no manifestaron la menor espresion de alegría.

Estaban como abrumados por un sueño espantoso, y fué preciso sangrarlos inmediatamente para poder regresar á Valencia.

¿Podia darse mayor castigo á un hombre, aun cuando hubiera sido criminal, que el que habia sufrido el jóven deportado?

¿No era mas que probable que fuera inocente después de la horrible prueba por la que se le habia hecho pasar?

¡Pues nada de eso se tuvo en consideracion: y juzgando que se fingia estúpido para no declarar, gravemente enfermo como estaba, se le desterró con destino á un presidio de Ultramar!

Esta es la habilidad é inteligencia gubernamental de los ministros moderados.

Este es el respeto que los hombres de paz, órden y justicia tienen á la inocencia y al infortunio.

¡Y osan aun decir que nadie sino ellos sabe gobernar!

Sellad esos lábios sacrilegos, hombres asalariados para adular á esas nulidades palaciegas que tantos males han acarreado á España.

Vuestros prohombres no están á la altura de la civilizacion moderna.

Ellos solo saben gobernar con la metralla y el destierro.

¿Y no hemos de escribir contra los españoles espurios que se gozan en ser los verdugos de otros españoles honrados?

Si hay quien nos niegue tan sagrado derecho, ese es un malvado como aquellos por quienes aboga.

Si hay quien censure nuestra santa mision, ese no debiera vivir en una nacion culta, sino entre cafres para entonar himnos de alabanza á los opresores.



CAPITULO XXXVIII.

LA FUGA.

Al dar comienzo á este capítulo nos vemos en la acerba precision de tener que afligir á nuestros lectores con el relato de otra catástrofe producida por el tiránico poder que avasallaba á la nacion.

Antonio Leon, indultado de la pena de muerte, habia sido conducido á Ibiza con la segunda cuerda cuyo viaje hemos descrito.

Pasaba ya de los cuarenta años, habia servido en caballería, y siempre valiente habia defendido la libertad en los campos de Navarra y Aragon.

Fiel á sus principios en la noche del 26 de marzo, y siendo guarda del arbolado de la Villa, lanzóse á la lucha y espuso su vida en favor del triunfo de los principios que en política profesaba.

Fué preso y sentenciado á muerte, y su estancia en la capilla debió causarle grande emocion, porque aunque recibió el indulto, jamás desde entonces disfrutó de completa salud.